

Prólogo

Luis Franco Vera

Catedrático emérito de Bioquímica y Biología molecular, Universidad de Valencia. Miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y de la Real Academia de Medicina de la Comunidad Valenciana.

El lector tiene en sus manos un libro singular. Es cierto que se ha escrito mucho sobre la ética de la investigación en general y, en particular, sobre la ética en las ciencias de la vida, pero el libro que editan Luis Montuenga y Miguel Pérez de Laborda tiene un rasgo único, que se aprecia inmediatamente sin más que ver la afiliación de sus editores: Montuenga es catedrático de Biología Celular y un renombrado investigador en el *Cancer Center* de la Clínica Universidad de Navarra; Pérez de Laborda es Doctor en Filosofía y profesor de Ética y Antropología e investigador del Instituto de Biodiversidad y Medioambiente de la Universidad de Navarra. No se trata sólo de un libro de bioética, o de ética de la investigación; es eso, pero mucho más. La diferente trayectoria científica de los editores ha permitido elaborar un libro en el que participan 39 autores, todos ellos reconocidos especialistas en sus respectivas líneas de trabajo. Líneas que cubren un amplio espectro de materias, que los editores han sabido coordinar desde una perspectiva humanística, como han querido resaltar en el mismo título.

Hacia falta un libro así. Los que hemos reflexionado sobre la ética de la investigación hemos podido constatar la existencia de exce-

lentes trabajos que cubren áreas parciales, pero en un campo tan apasionante como el de las biociencias el avance científico va de ordinario por delante de nuestra capacidad para asimilar sus consecuencias éticas y así queda claro en el capítulo de José María Pardo y Regina Cárdenas. Se crea así una brecha entre lo que se puede hacer y lo que se debe hacer. Cerrar esa brecha requiere un abordaje multidisciplinar, requiere profundidad en los planteamientos, requiere, como afirma Montuenga, recuperar «la perspectiva clásica y original de la actividad del científico, que era una actitud contemplativa, movida fundamentalmente por el deseo de conocer la verdad y la admiración al observar las obras del Creador». Y requiere, sobre todo, tener en cuenta que la persona humana es, al mismo tiempo, autor y sujeto de las biociencias. Sólo desde esta perspectiva humanista es posible cerrar la brecha a la que me refería. No se trata de una perspectiva postiza o adoptada superficialmente: como se recuerda en la presentación, «dentro de la contribución de la Universidad de Navarra al mundo profesional, la dimensión ética tiene especial relevancia, por su potencial contribución a la humanización de la sociedad» y la gran mayoría de los autores pertenecen a esa Universidad.

El libro contiene, además de la introducción, 28 capítulos distribuidos en seis partes. Los temas tratados son muy variados, pero todos ellos, como el propio Montuenga advierte, son de los «más relevantes en la interfaz entre las ciencias y las humanidades». Hay así un hilo conductor en el libro, que, de una forma u otra, se aprecia en todos sus capítulos. Ciertamente, el capítulo titulado: ¿Qué hace al hombre humano? manifiesta con más claridad el origen de ese hilo. Pero cuando, por ejemplo, José M. Torralba y Alejandro M. Berroterán ahondan en la idea de dignidad humana, o cuando, como atrevidamente dice Luis Miguel Pastor, se advierte que el embrión humano «es un paciente más», o cuando Paul Nguewa recuerda que si la ciencia se ejerce «con una visión humanista se convierte en una herramienta poderosa para combatir la pobreza, prevenir enfermedades, mejorar la educación y promover un desarrollo verdaderamente sostenible», es obvio que se está contemplando la ciencia desde un planteamiento humanista. Planteamiento que se advierte también cuando Javier Novo, en su certera revisión de las técnicas de edición genética, muestra su preocupación por la deriva eugenésica de la modificación genética embrionaria para mejorar seres humanos. También, cuando Montuenga recuerda que los científicos deben ser no sólo buenos profesionales sino también buenas personas. Parecen estas palabras un eco de las que hace muchos años, ese médico y humanista que fue el Prof. Laín Entralgo, escribió: «Para definir concisa y canónicamente la condición del técnico, los antiguos solían valerse de una fórmula tópica, consistente en hacer de la expresión *vir bonus* el género próximo de la definición. El orador sería *vir bonus dicendi peritus*; el médico, *vir bonus medendi peritus*, y así los demás (...) La fórmula es bien plausible, porque exige que la bondad del hombre sirva de plinto a la pericia del experto».

Hay que destacar también que el tratamiento que se da a los diversos temas es actual y con matices novedosos en muchos casos. Es obvio que la irrupción de la inteligencia artificial está

cambiando nuestra vida y en el caso de la investigación científica no podía ser menos. Pues esta actualidad se advierte, por supuesto, en el capítulo de Ester Rodríguez-Losada Torres y Jesús López Fidalgo, dedicado íntegramente a la ética del uso de la inteligencia artificial en las ciencias de la vida, pero también en el capítulo anterior, en el que Isabel Iribarren discute el uso de esta herramienta en la revisión de manuscritos para su publicación. Pero hay otros muchos capítulos en los que se advierte que sus autores están al día de los derroteros que sigue su línea de investigación. Tal es el caso de los capítulos 12, 13 y 18. Y, ¿cómo dejar de mencionar el capítulo de José López Guzmán, que discute la candente cuestión del ejercicio de la objeción de conciencia no sólo por individuos, sino también por colectividades? ¿O el capítulo “Experimentación con animales” en el que los autores abordan el novedoso uso de *gemelos digitales*? O también, ¿cómo pasar por alto la casi inédita discusión sobre los datos anonimizados en el capítulo de Enrique Reina, el original planteamiento de los conflictos de intereses por parte de Ignacio Ferrero y Javier Pinto, o la acertada inclusión de la publicación de resultados que se prestan a un doble uso, que hacen Ignacio López-Goñi y Mónica Chinchilla Adell?

Como he comentado antes, los capítulos del libro abordan cuestiones muy diversas, pero hay algunos temas transversales –además del hilo conductor del humanismo–, que aparecen en muchos de ellos. A mi modo de ver –quizá como consecuencia de ese hilo conductor–, el enfoque de la ética desde un punto de vista personalista está presente a lo largo de todo el libro. Por ejemplo, cuando Serra y Echarte nos dicen que la bioética principialista es insuficiente para afrontar algunos de los retos que plantea el transhumanismo y que, para ello «conviene echar mano de una aproximación personalista y teleológica». Pero también cuando Pilar León recuerda que en un ensayo clínico esa persona que es el paciente es también sujeto de investigación. O cuando Isabel Brotóns y Luis Chiva nos hablan de que «la ética personalista subra-

ya la unidad significativa del acto conyugal». Quizá esa referencia al personalismo alcance su clímax cuando, hablando de la atención al final de la vida, Borja Montero y Rocío Rojí dicen sin ambages: «El propósito de la medicina no puede ceñirse solo al cuerpo humano, sino que centra la atención en la persona de forma integral».

Que el ser humano es vulnerable, es un hecho de experiencia y, desde una perspectiva personalista, esa realidad nos obliga a tratar a quien sufre no sólo con los recursos de la ciencia, sino también con el acompañamiento personal. Es una idea que se queda patente a lo largo de todo el libro. Así, la vulnerabilidad se contempla por Giménez Amaya y Lombo «como una condición de apertura a múltiples posibilidades, que permite a la razón gobernar y orientar las tendencias humanas a través del desarrollo de hábitos y virtudes». Por su parte, Serra y Echarte consideran que la vulnerabilidad, junto con su dignidad y su libertad, es constituyente de la singularidad de cada ser humano «como una única entidad con sus dimensiones biológica, intelectual y espiritual». En este contexto, he de confesar que, al leer el libro y llegar al capítulo que M. Pía Chirinos dedica a la dimensión social del trabajo, pensé que, habiendo leído mucho sobre el trabajo humano, iba a encontrar poco de nuevo. Pero me equivoqué; ya en el subtítulo añade que esa dimensión constituye «un *novum* en la cultura contemporánea» —¿otra circunstancia a incluir entre los aspectos novedosos del libro?— y me llamó favorablemente la atención el triángulo vulnerabilidad-interdependencia-dimensión social del trabajo que establece a lo largo del texto. Y, por supuesto, se recuerda ese momento en que la vulnerabilidad del ser humano es más apreciable: cuando la vida está llegando a su término, que es cuando el profesional sanitario ha de dejar de lado su afán terapéutico en aras del acompañamiento. Hay todavía otra vulnerabilidad, que no se refiere al ser humano, pero que éste ha de tener en cuenta y cuidar: la vulnerabilidad «de la realidad valiosa en que vivimos» y que debe interpelar a nuestra forma de actuar con

la naturaleza, como acertadamente sostienen Villarroja y Puig.

No puedo pasar por alto como a lo largo de todo el libro late el convencimiento de que el asombro y la contemplación de la belleza no son actitudes exclusivas del artista, sino que también el científico participa de ellas. O, ¿no será que el científico puede ser también un artista? Porque, como decía el filósofo Miguel Ángel Martí, la belleza puede encontrarse en casi todas las cosas, aunque el problema sea precisamente descubrirla, ya que para ello «hacen falta unos ojos en donde no esté presente la rutina, el acostumbramiento». Esta reflexión viene a cuento de los capítulos 3, 4, 5, 11, 12 y 25; en alguno de ellos, hasta el lenguaje utilizado habla a favor de esa interrelación entre la ciencia y la belleza. De alguna manera se ve también en el libro la huella que dejó el Prof. Millán Puelles a su paso por la Universidad de Navarra como Profesor Extraordinario. Incluía D. Antonio a la humildad entre los hábitos predispositivos que ayudan al hombre en su búsqueda de la verdad y de esta virtud se nos dice que es fundamental para *ver el valor ambiental* (cap. 11), para *favorecer el compromiso ambiental*, para descubrir la *dimensión social del trabajo* (cap. 22), para vivir la *ética de la comunicación de la ciencia* (cap. 24) y, por supuesto, para hacer la *ciencia con alma* (cap. 25).

Y, como persona que ha dedicado muchos años a la Universidad, no quiero pasar por alto la necesidad de que el profesional continúe su formación al dejar las aulas. También en este libro se encontrará una valiosa ayuda para ello. Antonio Pardo, por ejemplo, dedica una sección de su capítulo sobre ética de la actividad científica a la importancia de la formación permanente. Aparte de otras referencias a la formación que se encuentran en el libro, el capítulo de Ángel Ruiz de Apodaca representa, en este aspecto, una novedad, por cuanto habla de la necesidad de la formación en un contexto raras veces abordado en los manuales de bioética.

Podría continuar mencionando aspectos que llaman la atención en el libro, pero no quiero cansar al lector que, seguramente, estará

deseando entrar de lleno en sus capítulos que, aunque formen una unidad, pueden leerse en el orden que se desee. Mi consejo es que no se deje de leer ninguno. Todos ellos contienen valiosas sugerencias para orientar el trabajo del investigador y para que, quien es ajeno a esa tarea,

pueda contemplarlo desde un ángulo de hondo interés humano. Ojalá la lectura de este libro ayude a ser, como mencionaba Laín Entralgo, ese *vir bonus*, esa *mulier bona*, que sostengan la pericia científica de quienes se dedican a la investigación en biociencias.